

solamente con líderes de derecha como Carlos Lacerda o Magalhaes Pinto.

Así, cuando vengan las elecciones presidenciales prometidas en 1966, el voto popular no elegirá a quien desee, sino que escogerá “uno de los nombres que cuenten con la venia de los militares”. Y detrás de ese nuevo presidente seguirá funcionando lo que hoy se llama Congreso Militar, y que es un organismo en la sombra, compuesto de los altos jefes militares brasileños, que delibera como Congreso Nacional, y le indica al mariscal Castelo Branco qué debe hacer, qué leyes firmar, y cómo actuar con la máquina policial que limpia el terreno. Es notable el hecho de que Goulart fue derribado por “corrompido y subversivo” y hasta hoy, después de nueve meses de estado policial y de investigaciones sumarias, no se haya podido comprobar ni un solo acto de corrupción o subversión de parte de ese gobierno derribado. Esto revela un poco lo que hubo detrás del golpe militar de marzo-abril. Realidad que necesita una serie de crónicas como ésta para ser explicada.

RIO DE JANEIRO, diciembre. (Por Róbinson Rojas).— En el planeamiento de lo que los militares brasileños llaman “la revolución” (que es el golpe de Estado de marzo-abril), hay un capítulo especial para la limpieza total de los medios políticos. El Congreso Militar que gobierna detrás del Mariscal-Presidente, Castelo Branco, se ha fijado un plazo de cinco años para remodelar el rostro político de Brasil. Al término de ese plazo de cinco años, los militares creen que “las izquierdas políticas habrán dejado de tener validez en el desarrollo de nuestro país”.

Esta experiencia se realiza con la alianza entre la Dirección de Orden Político y Social y la Policía Militar, que actúan en conjunto para las detenciones preventivas de los ciudadanos sospechosos de intentar organizar a los estudiantes, los obreros o los ciudadanos con derecho a voto.

Esta experiencia también forma parte de las “recomendaciones que desde el Departamento de Estado” trae periódicamente el Embajador norteamericano Lincoln Gordon. En enero de este año, la más seria de las publicaciones políticas norteamericanas, Hanson's Letters decía que “las Embajadas de nuestro país en Brasil, Argentina y Perú han recibido instrucciones de intervenir en la política interna, y de hecho, lo están haciendo”.

Poco antes, el propio Secretario de Estado para América Latina, Thomas Mann, había declarado a los embajadores de la región que “la política del gobierno norteamericano será ahora más cuidadosa, y reconocerá a los gobiernos según la conveniencia de Estados Unidos, sean o no producto de un golpe militar”.

Por eso, tuvo razón el periodista brasileño Alberto Dinis, del *Jornal do Brasil*, cuando publicó, en mayo pasado, en un rasgo de coraje, este comentario:

“Los fracasos de los norteamericanos en el Vietnam fueron compensados brutalmente por los acontecimientos en el Brasil, y esto, de tal forma, que el texano Lyndon Johnson no se contuvo, y 24 horas después, con Jango todavía en el Brasil, ya reconocía al nuevo Gobierno en términos entusiastas”.

LA RECONQUISTA

Nueve meses de dictadura militar en Brasil están demostrando que “la reconquista” de América Latina, por parte de Estados Unidos, es posible. Al día siguiente del asesinato del Presidente Kennedy, los asesores del Presidente Johnson llegaron a la conclusión que, dado el hecho que la lucha en el Vietnam conduce a una derrota occidental segura, y que la liberación árabe es inminente, Estados Unidos necesitaba “ampliar su influencia” en América Latina, de tal modo que “nuestro país no llegue hasta el Canal de Panamá”, sino “hasta el Estrecho de Magallanes”.

Se eligió Brasil para iniciar el experimento, que será puesto en práctica, en seguida, en Uruguay, Argentina y Chile, de acuerdo a informaciones provenientes del propio Departamento de Estado.

LOS SOCIOS

Y se eligió Brasil no porque fuera inminente el peligro de que Joao Goulart cayera en manos “de la subversión comunista”, sino porque allí las condiciones eran mejores. Estas condiciones:

Los consorcios financieros norteamericanos dominan casi el treinta por ciento de todo el capital comercial e industrial de Brasil, teniendo control directo en 791 firmas brasileñas e influencia lateral en otras 1.200. El capital norteamericano que opera en Brasil es de aproximadamente 1.500 millones de dólares.

Firmas como la Standard Oil de Nueva Jersey (de los Rocke-

feller), la Texaco y la Gulf Oil, manejan todas las refinerías de petróleo particulares de Brasil y la distribución de los subproductos en ese mercado.

La United Steel, la Bethlehem Steel y la Hanna Corporation dominan la industria de los minerales. En resumen, el capital norteamericano tiene el control de todas estas actividades industriales brasileñas: la automovilística (con la General Motors y la Ford Company), la petrolífera, la de maquinarias, la química, la de productos farmacéuticos, la de vidrio, cemento y cerámica, la de productos alimenticios, el papel, los minerales, los plásticos y la industria gráfica.

Por otro lado, el capital norteamericano tiene injerencias en los bancos, las compañías de inversiones, el comercio, las empresas inmobiliarias, los hoteles y cinemas, las publicaciones y agencias de publicidad y algunos sectores agropecuarios.

Con este paisaje de fondo, de todos los países al sur de Venezuela y Colombia, el experimento podría realizarse con mejores posibilidades de éxito solamente en Brasil. Y se hizo.

LOS RESULTADOS

Después de nueve meses de una intensa campaña publicitaria acusando al Gobierno de Goulart de "corrompido y comunizante", de elogiar "el patriotismo" de los militares que "salvaron al Brasil de convertirse en una nueva Cuba", hay algunos hechos concretos que pueden citarse en forma breve:

—La inflación elevó su ritmo de casi 6% mensual a poco más de 7%.

—Las emisiones inorgánicas de billetes, que en el año 1963 no habían alcanzado a los 400 mil millones de cruzeiros, fueron superadas por los militares, que en sus nueve meses de gobierno han emitido más de 500 mil millones de cruzeiros.

—Los sindicatos, que en la época de Goulart eran los grupos más organizados y efectivos en todo el territorio, dejaron de existir, y sus dirigentes están en la cárcel.

—A la firma norteamericana de minerales Hanna Corporation se le concedió **POR TREINTA AÑOS UN PUERTO EXCLUSIVO DE EMBARQUE Y DESEMBARQUE DE MINERALES**, repitiendo el caso de la United Fruit en Guatemala.

—A la Standard Oil de Nueva Jersey, fuera de una concesión de

cuenta exclusiva de petróleo por cuatro años a la Petrobrás, hecha diez días antes de ser derribado Goulart, sin que éste se enterara, se le prometió "sociedad" en todas las nuevas explotaciones de petróleo de Sergipe, cuenca que los técnicos soviéticos que la exploraron estiman que puede autoabastecer a Brasil de petróleo en un plazo de cuatro años.

—Hace dos semanas, el mariscal Castelo Branco, hablando precisamente en Sergipe, dijo que el monopolio estatal del petróleo, que es la Petrobrás, "era intocable y soberano", pero que los técnicos estiman que será necesario "abrir los horizontes a los capitales particulares". Esos "capitales particulares" están ya en la sala de recibo de la Petrobrás. Se llaman Standard Oil de Nueva Jersey, Texaco y Gulf Oil.

Para mantener este estado de cosas, se necesita eliminar toda posibilidad de estallido de una corriente de opinión contraria a la entrega de las riquezas brasileñas a las compañías norteamericanas. Por eso la Policía Militar y la DOPS no dejan de funcionar un solo instante, y sólo se permiten estallidos "nacionalistas" como el de Carlos Lacerda, gobernador de Guanabara y candidato a la Presidencia de Brasil, por elecciones o por golpe de Estado. Esta historia, será explicada mañana.

RIO DE JANEIRO, diciembre (por Róbinson Rojas).— El significado político actual del Gobernador del estado de Guanabara, Carlos Lacerda, es uno de los más vergonzosos de la historia Brasileña: trabaja por cuenta propia y por cuenta de la compañía norteamericana Bethlehem Steel, que es la segunda compañía explotadora del acero en USA, con una ganancia neta de 102 millones 462 mil dólares el año 63.

Carlos Lacerda trabaja a dos bandas. Primero, quiere capitalizar el tremendo descontento de las masas populares brasileñas que soportan un alza del costo de la vida de un poco más de 90 por ciento, este año, con los sueldos congelados en un vital de 42 mil cruzeiros (85 mil pesos chilenos), mientras los militares, una semana después del golpe de estado, subían su sueldo mínimo de 35 mil a 72 mil cruzeiros. Segundo, sirve de "vanguardia de choque" a la Bethlehem Steel, que está enfrascada en una lucha a muerte con la United Steel (primera en USA, con ganancias de 203 millones 549 mil dó-